

EL PASTOR

POR
EDUARDO MAULEON

(Foto Ardanaz)



Lo vi cuando el sol se estaba dejando caer, perezosamente, detrás de una montaña morada llena de ventisqueros.

Desde aquí parecía el tronco solitario de un árbol chamuscado asentado sobre una hierba teñida de oro.

Se movió un poco cuando estuve junto a él. Olía a oveja y a humo.

Su cara estirada parecía un viejo pergamino adornado con pegotes de pecas marrones. Y sus manos, que se apoyaban en un cayado alto y blanquecino, eran unos huesos envueltos en un pellejo agrietado y oscuro.

Sólo un diente tenía. Una pala grande suspendida detrás de un labio desteñido.

Sus ojos eran dos rayas negras y diminutas pegadas debajo de unas cejas que semejaban pequeños alambres retorcidos.

Cubriéndole la cabeza una boina muy pequeña que, en algún tiempo, ya muy remoto, debió tener color negro, pero que las lluvias, los vientos, la niebla y la mugre le han prestado ahora un color difícil de clasificar. Que hasta cardenillo me figuré ver en ella.

Tenía puesto un espaldero de piel de cabra en el que se veía algunos corros calvos. Y cruzándole el pecho un zurrón de cuero con dos iniciales en el centro, hechas con puntas doradas.

En los pies unas enormes abarcas de goma recauchutada de las que salían unos trozos de arpillera que subían, rodeadas de cuerdas, hasta debajo de las rodillas.

¿Cuántos años tendrá este pastor? Lo mismo puede tener setenta, que trescientos, que dos mil. El no lo sabe. Piensa que jamás lo ha sabido. Recuerda que supo leer y escribir. Poco, pero lo supo hacer. Ahora, lo mismo que la cuenta de los años, se le ha olvidado por completo.

Le hubiera preguntado si aprendió a rezar, si lo hace aún o si por el contrario también lo ha olvidado. Pero no me he atrevido.

Y es que se me figura que este personaje que tengo ante mí, está hecho nada más que para orar. Ningún asombro me hubiera producido verlo como los anacoretas, de rodillas dentro de una cueva con suelo de paja y una tosca cruz al lado.

Su perro, el perro del pastor, es pequeñito y está tan famélico como su amo. Tiene tanta lana cubriéndole la cara que apenas pueden verse sus ojos redondos, casi amarillos y llenos de recelo ahora.

Al lado del pastor hay un corderillo recién nacido. Mamá oveja se halla junto a él, lamiéndole el cuerpo húmedo y tembloroso.

El pastor, arrugado y esquelético y su perro, lanudo y esmirriado, se han puesto a recoger el rebaño desperdigado por esta campa de hierba dura y mojada. El pastor grita, silba y golpea con su palo largo sobre las piedras blancas que ya se están cubriendo de frío.

De la mano del pastor cuelga el corderito. La madre berreante camina a su lado.

En una especie de plazoleta con suelo de barro mil veces pisado, rodeada de rocas, troncos y ortigas, se albergan las ovejas y un puñado de cabras.

Estamos dentro de la chabola del pastor. Este ha removido las cenizas que envuelven unas brasas semiapagadas. Y ha puesto, sobre ellas, pequeñas astillas resinosas. En seguida el fuego crece. Y sobre él pone más leños. Y yo me tengo que salir fuera, a secarme las lágrimas, porque el humo ahí dentro es insoportable.

En mi honor el pastor ha hecho un calderete de migas. Y hemos bebido de una bota muy pringosa, un vino recio y negro con gusto a pellejo.

La cara del pastor está roja por efectos del resplandor de la hoguera. Y sus manos huesudas cuando se mueven para remover los troncos llameantes y cuajados de chispas, proyectan tremendas sombras en las paredes de la cabaña.

Humanidad. Lo último que podía ocurrirme. Ahora resulta que este hombre que tengo ante mí, me confiesa que una vez se enamoró. Con esa manifestación acaba de romper todo el simbolismo, toda la admiración que creí ver y latir en él. Porque pensaba, me había hecho la idea, que toda su vida fue siempre, siempre, como hasta ahora lo veía.

Se prendó de una chica de su pueblo siendo él muy joven. Y lo que ocurre a diario entre hombres y mujeres y en cualquier parte del mundo: ella se fue con otro. Desde entonces está aquí.

Me dice que tenía el pelo del color del trigo maduro, y que le llegaba hasta más abajo de la cintura. Le gustaba tirarle de él. Ella creía que lo hacía por hacerla rabiar, pero él explica que lo hacía por tocarlo, para tenerlo entre sus manos, por sentirlo para sí.

Adiós ilusión; adiós sentimientos y pensamientos. El anacoreta, el asceta, la genuina estampa bíblica por mi imaginación forjada, se ha quedado tan extinguida como la fogata de la txabola.

Cuando pensaba haber hallado el ser místico que me devolvería el sosiego, la paz para mi espíritu angustiado y enfermo, aquél me llevaba de nuevo ante lo que huía. Precisamente en la inmensa soledad de las montañas.

Por eso me he ido a dormir a mi rincón de hierbas secas.

Más tarde, cuando el viento de la noche se tropezaba con violencia contra la cabaña, me ha parecido escuchar un sollozo. Y cierto es que no sé si partió del pastor o de mí. Puede que fuéramos los dos...